

Brujas en la Argentina

The New York Times, del 15 de mayo de 1959, señalaba que se necesitaba “una fuerza despiadada, amoral y apolítica, para restablecer la cordura” en nuestro país. Esa fuerza estaría representada por el actual gobierno. Varios meses antes, cuando este gobierno recién comenzaba y existía a su respecto una especie de juicio en expectativa, la revista *Visión*, en un artículo llamado algo lúgubrementemente *Segundo libro negro* apuntaba —al denunciar las “actividades comunistas en la Argentina”— que el actual presidente de la República había obsequiado con un ramo de flores a María Rosa Oliver. Aparentemente, el gobierno ha restablecido su propia cordura desde entonces.

Lo cierto es que en ese lapso se ha ido reduciendo considerablemente la democracia entre nosotros; si es que por democracia entendemos inocentemente lo que los manuales nos dan por tal, incluido el derecho a votar desde el partido y por el partido que queremos, el derecho a sostener públicamente las opiniones que sustentamos, el derecho a reunirnos en los lugares públicos, el derecho a reclamar y peticionar.

Los hombres que ocupan todos los cargos públicos —a partir de los electivos— han llegado a ellos—nadie puede ocultárselo— porque el partido actualmente mayoritario fue excluido expresamente de toda posibilidad electoral. En esos momentos la democracia se encontraba bastante recortada. Y no sólo por eso: los sindicatos estaban impedidos de desenvolverse normalmente, en las cárceles había un amplio número de dirigentes políticos y gremiales, funcionaba una especie de inquisición ideológica bastante ridícula conocida como Junta de Defensa de la Democracia (mayúscula más o menos). Nada ha mejorado con el tiempo: han salido unos detenidos y entrado otros, los sindicatos siguen llevando una vida anormal, y en lugar de un partido son dos los proscriptos.

En verdad, desde que nuestro país existe como nación pocos son los momentos en los que la democracia formal ha sido efectiva. Apenas, quizás, si en la mayor parte del gobierno de los dos primeros presidentes radicales. Con todo, durante cerca de un siglo pudo pensarse que se seguía un proceso de ampliación, con zigzags y retrocesos parciales, semejante al

proceso atravesado por la mayoría de los países de cultura europea. Pero a esta altura del siglo será bueno pensar si no habremos llegado en condiciones tales a la etapa del capitalismo como para rozar apenas las formas políticas de su madurez —la democracia formal burguesa— y entrar a estadios diferentes, acompañando una evolución mundial que ya es inocultable para todo aquel que no se niegue a ver lo evidente: que la democracia, tal como teóricamente es concebida, no existe en ninguno de los países de nuestro orbe sino en cuanto su ejercicio no implique poner en cuestión seriamente las estructuras económicas. En teoría, en efecto, la democracia significaría que cualquier ideología o movimiento político que acumulara una mayoría suficiente de sufragios debe ocupar el poder sin oposición de parte de los derrotados en las urnas. Ni qué decir tiene que, de darse tal eventualidad respecto de ciertos partidos, las cosas no serían tan sencillas. Vivimos, pues, una contradicción profunda, tan profunda que indica que todas las convenciones sobre las que nuestra cultura vive son mera superchería, y, lo que tal vez es peor, una superchería que no se ignora, cuyo conocimiento apenas disimulado envenena y falsea la totalidad de nuestra vida. La superchería en virtud de la cual están virtualmente proscriptos el peronismo y el comunismo tiene exactamente la misma raíz que permite que se tome en serio a personajes tan ridículos como Alsogaray, a estulticias tales como las que día a día se imprimen en *Correo de la Tarde*, *La Nación* y *La Prensa*, que hace de éstos formadores de la opinión de grandes masas de lectores, que permite pasar como árbitros culturales a los macacos literarios de *Sur*. Esa superchería encuentra su raíz en la ocultación y opresión de una realidad que en vano se pretende encajar dentro de moldes que ya no pueden contenerla, moldes agrietados y caducos a los que es inútil seguir emparchando y calafateando: una sociedad a la que se pretende impedir que busque su propia forma, un proletariado al que se pretende obligar a vivir sin ser dueño de sí mismo. Eso se quiere tapar con decretos que declaran prohibidas actividades políticas, con maniobras que impiden a las clases populares manifestarse, con carros mojadores y gases lacrimógenos, con movilizaciones y jueces obedientes. Sobre esa realidad pontifica aburridamente la prensa seria— pretendiendo ignorarla. Por esa realidad se vuelven histéricos marinos que repiten fórmulas vacías como si fueran ya, apenas inaugurados como políticos, políticos tan gastados como todos los que siguen chapaleando en la misma retórica de siempre. Sobre esa realidad reitera *Sur* sus sonseras y hablan sonsamente de democracia y de respeto al derecho los hombres del actual gobierno. Tratando de ocultar esa realidad, se han lanzado a descubrir brujas, a husmear brujas, a cazar brujas, a señalar sombras de brujas los realistas de nuevo cuño que llegaron a la casa de gobierno hablando de su izquierdismo y que han terminado en pobres instrumentos, en despreciados instrumentos de la más ramplona derecha, en héroes del *New York Times* y del *Selecciones*.

Una interpretación simple —pero no poco eficaz— podría señalar que estos gobernantes que atribuyen al relativamente pequeño Partido Comunista local huelgas que arrastran a un par de millones de obreros, no son más que una variante de los dictadores southamericanos que perduran merced a la debilidad de nuestras estructuras y al servicio del imperialismo —instrumentos más o menos voluntarios de una enajenación total de la colectividad—. Traidores de un anhelo nacional, se ven obligados a exagerar su traición, haciendo méritos, no ya solamente ante sus amos imperialistas, sino ante los tristes remedos de clases dirigentes nativas que los retan y los arrinconan. Ni siquiera serviles antes los macartis originales, deben temblar ante las copias locales, los manriques, los rojas, los dubois. Triste juego en el que las brujas deben ser husmeadas como en un juego de espejos que las señalan en los mismos cazadores.

El *realismo* descubrió que no podía realizarse sin recurrir a los buenos oficios de Estados Unidos. Pero ante Estados Unidos había que presentarse con una blancura de novicio, absolutamente insospechado de haber hablado nunca mal de la legitimidad de las ganancias, de los beneficios de la libre empresa, del altruismo de los monopolios, de las santas intenciones de Dulles, Rockefeller y Holland, de los énfasis espirituales de De Mille y de Rank. No bastaba devolver DINIE, llegar a buenos acuerdos con la CADE, firmar concesiones petroleras. No bastaba obedecer al Fondo Monetario Internacional, ni recorrer las universidades norteamericanas, ni hablar *cuerdamente* ante los Leones de N. Y. No bastaba reprimir las huelgas ni importar gases lacrimógenos y carros de asalto para disturbios callejeros. También había que limpiarse espiritualmente. ¿No es acaso la cultura occidental espiritualista? Así comenzó el juego de espejos de la caza de brujas: el presidente de la República alguna vez había defendido presos políticos; el presidente de la República tenía amigos izquierdistas; el presidente de la República había escrito contra los monopolios; el presidente de la República había regalado un ramo de flores a una izquierdista notoria, vieja amiga suya. Los amigos del presidente de la República, sus asesores, habían militado alguna vez en movimientos de izquierda; algunos hasta habían sido comunistas; algunos hasta habían ido a Moscú. El presidente de la República hasta había dicho alguna vez que se podía usar a la derecha para hacer un juego de izquierda, maniobrando hábilmente para liberar a estas naciones de segundo orden engañando a los amos. El presidente de la República hasta había querido ser hábil con la iglesia católica. Debía demostrar la buena fe de su conversión, entonces; tragarse su habilidad junto con sus hábiles amigos hasta que tomara el agrio gusto de la abyección, de la sumisa docilidad de los servidores fieles. No era bastante que la legión de los hábiles y de los realistas apalearan y engañaran a los obreros; debían denunciar a sus amigos de ayer, además. Así empezó: *El Nacional* denunciaba a los que no entendían el *realismo*,

como comunistas, como peligrosos enemigos de la cultura occidental que era parte de la nacionalidad misma. *Qué* se enorgullecía de su habilidad para señalar brujas. Pero ya funcionaban los espejos: amablemente *Visión* componía su *Libro negro* para recordar que los redactores de *Qué* y de *El Nacional* también eran brujas, que los asesores del presidente de la República eran o podían ser brujas, que el propio presidente de la República tenía un tufo sospechoso. Las más fervientes exbrujas del oficialismo se desgañitaban proclamando su adhesión a los dólares, a la libre empresa y a Occidente. Pero el gobierno había rehabilitado económicamente a un diario cazador de brujas; y *El Pueblo*, pagado por los mismos equipos del señor presidente de la República, redactado con la ayuda de sus amigos, publicaba listas inmensas de brujas en pesada tipografía, haciendo saber a los amigos del señor presidente que no estaban perdonados. Servicialmente, los perros de los cazadores de brujas levantaban la casa: *Correo de la Tarde* insistía en que eran inútiles los disfraces. Una vez bruja, se es bruja para siempre. En vano *El Nacional* acusaba a *Correo* de no ser bastante libreempesista: Usted es bruja, le contestaban. Bruja. Bruja. Nosotros somos mejores sirvientes que usted, señora bruja. No es cierto, respondía *El Nacional*; yo he hecho méritos que usted no ha hecho, el señor Frigerio es más libreempesista que usted; el señor Frigerio... El señor Frigerio es bruja, contestaban los espejos; el amigo del señor Frigerio, el señor Liceaga, es bruja. Bruja. Bruja. El señor presidente de la República es...

Todos sabemos qué está haciendo el señor presidente de la República. Ha jurado su conversión. Ha alejado dos veces al señor Frigerio. Ha proclamado que va a ser inexorable contra quienes no entiendan que el país va a salvarse con Occidente, que va a ser inexorable con los obreros que no entiendan, con los "ideólogos" que no entiendan, con los que protesten, con los que no se callen, con sus amigos de ayer, con sus amigos de hoy. El señor presidente es hábil. Pero los verdaderos cazadores de brujas menean la cabeza; *Correo de la Tarde* sigue chillando; los almirantes siguen vociferando; *El Pueblo*, pagado por sus amigos, sigue publicando listas de sus amigos; los espejos siguen mostrando brujas. Quienes se benefician de todo esto, quienes viven de la enajenación del pueblo, no están dispuestos a aplacarse, a dejar de exigir. Porque las brujas, las verdaderas brujas, están en este pueblo que ya no entra dentro de los viejos moldes.

Por eso, por eso es que no podemos callar. No se trata aquí de comunismo o de procomunismo, de peronismo o de properonismo. Se trata de que no podemos dejarnos engañar por esta gastada historia. O aceptamos ser también nosotros sirvientes dóciles, cazadores de brujas, con todas sus consecuencias. O entramos en el juego de espejos, y apaleamos obreros, y aplaudimos las movilizaciones, y estamos de acuerdo con que se impida la circulación de las ideas, y dividimos las ideas en buenas y peligrosas, y

servimos a la libre empresa como única libertad posible. O estamos del otro lado; y estamos al lado de los perseguidos contra los cazadores de brujas, contra los perros de los cazadores de brujas. O estamos de aquel lado o de este lado de los carros mojadores y de los gases lacrimógenos.

En ciertos momentos, cuando la historia hace crisis, no cabe habilidad, ni realismo, ni sutilezas. O aquí o allí. Pues lo demás es juego de espejos y de perros husmeadores; sucio juego de cazadores de brujas, mugre de amos, olor a miedo.